I CONGRESO IBEROAMERICANO Y III JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA DE LA VETERINARIA

I CONGRESO IBEROAMERICANO

10-12 -XII- 1998.

ZARAGOZA (España)

DE HISTORIA DE LA VETERINARIA

10 - 12 DE DICIEMBRE DE 1998
EN ZARAGOZA
FACULTAD DE VETERINARIA

INDICE

PONENCIAS

GANADERIA Y VETERINARIA EN LA COLONIZACION DE HISPANOAMERICA *Miguel Cordero del Campillo* 1-20
CONTRIBUCIONES DE LA MEDICINA VETERINARIA MEXICANA A LAS CIENCIAS *Miguel A.Márquez* 21-28
ORIGEN DE LOS CABALLOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS *Miguel Abad Gavín* 29-33
LA VETERINARIA MILITAR EN CUBA A FINALES DEL SIGLO XIX Prof.Dr.D.José Manuel Pérez García 35-42
HACIA LA ESCUELA VETERINARIA DE ZARAGOZA *Teresa Higuera Cavero* 41-49
ALBEITERIA Y VETERINARIA ESPAÑOLAS A PRINCIPIOS DEL s.XIX *Miguel Angel Vives Vallés y Milagros Benito Hernández* 51-59
HISTORIA DE LA FACULTAD DE MEDICINA VETERINARIA Y SU POSTERIOR DESARROLLO *José Ramón Hidalgo Peraza* 61
EL PROTOALBEITERATO EN LA CORONA DE ARAGON *Vicente Dualde Pérez* 63-86

COMUNICACIONES

IN MEMORIAN DEL PROFESOR CRISTINO GARCIA ALFONSO CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA *Espinosa E., Josa A., Gil L., Falceto M.V., Muñoz I., Del Niño Jesús, A.* 87-89
LA ENSEÑANZA DE OBSTETRICIA Y REPRODUCCION EN ESPAÑA *Falceto M.V., Cruz J.I., Espinosa E., Gil L., Josa A., Ciudad M.J.* 90-93
TENDENCIAS DE LA GANADERIA COLONIAL EN LA NUEVA ESPAÑA (1521-1810). *Juan Manuel Cervantes Sánchez* 94-99
LA MEDICINA VETERINARIA MEXICANA, UNA VISION A TRAVES DE SUS LIBROS (1876-1997). *Ana María Román de Carlos* 99-108
ESBOÇO HISTORICO DA INSPECÇAO SANITARIA DOS ALIMENTOS EM PORTUGAL. *Luisa Amélia Loup Baptista Braz* 109-111
LA EVOLUCION DE LA ENSEÑANZA DE FARMACOLOGIA EN LA FACULTAD DE VETERINARIA DE MADRID (1793-1998). *Ballesteros Vicente C., Pérez García J.M., Sánchez de Lollano Prieto J., San Andrés Larrea M., Ballesteros Moreno E.* 112

ORIGEN DE LOS CABALLOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS.

Dr.D. Miguel Abad Gavín
Catedrático emérito de la Facultad de Veterinaria de León

En la Historia Universal el paralelismo entre la historia de la Humanidad y la de sus caballos es francamente asombroso, hasta el extremo de que se ha llegado a decir que la historia parece haber sido escrita siguiendo la ruta de los caballos.

Hoy día en que el caballo ha dejado de ser fundamental para la existencia de la humanidad creemos que en un Congreso como este, bien se merece un pequeño recuerdo en reconocimiento de lo que el caballo fue en el origen de la veterinaria de hoy día, limitándolo por motivo del tiempo disponible a sus orígenes en España y América.

Pues bien, la especie caballar (*Eqqus Caballus*) como de la familia de los équidos, tuvo su cuna en América donde, según los paleontólogos hace 50 o 60 millones de años existió un animal llamado *Eohippus*, de aspecto semejante a de una liebre o un zorro, de unos 90 cm de altura, con cuatro dedos en sus extremidades anteriores y tres en las posteriores y sin separación entre los incisivos y los molares. Durante su evolución a lo largo de millones de años este animal fue creciendo en altura hasta unos 115 cm, perdió dedos, para hacerse monodáctilo, desarrollo sus mandíbulas, se produjo la separación entre los incisivos y sus molares, transformándose en el género Eqqus, del que desciende toda la familia de los équidos.

Tanto aquel como algunos de estos primitivos ejemplares se extendieron por todo el continente americano, a la vez que el Eqqus y sus descendientes más próximos, pasando por la lengua de tierra que por entonces unía el continente americano y el asiático, en lo que hoy día es el estrecho de Bering, llegaron a este último a partir del cual se dispersaron por el resto de la tierra.

Pero a finales del Pleistoceno todos los équidos del mundo, a excepción de algunos existentes en las estepas asiáticas, se extinguieron y serán estos supervivientes quienes volverán más tarde a repoblar de équidos todo nuestro planeta.

Las estimaciones apuntan a dos zonas como lugares de partido para esta repoblación, una en Mongolia, donde se tiene constancia de la aparición de un caballo de perfil convexo al que se le llamó Prjewalskii, cuyos descendientes fueron dispersándose por el sur de Asia y Africa; y otra en las estepas eurasiáticas, donde se originó el Tarpan de perfil recto que se propagó por Europa.

Pues bien, en lo que a la Península Ibérica respecta por la pinturas rupestres de las cuevas del Paleolítico como la Pileta en Málaga o la de Pasiega en Cantabria conocemos que hace más de 20.000 años existieron équidos en la Península Ibérica. Pero también en ella, al igual que en el resto del mundo, se extinguieron todos los équidos al final del Pleistoceno.

A este respecto, Caro Baroja en su "España Primitiva y Romana" mantiene que el caballo no está presente en los terrenos del Neolítico español y según Menéndez Pidal en la primitiva edad del Bronce española no aparece vestigio alguno que haga suponer la existencia de caballos en España. Los caballos no volverán a aparecer en la Península Ibérica hasta finales de la edad del Bronce o principios de la edad del Hierro según Maluquer. Pero en el milenio anterior a la venida de Nuestro Señor Jesucristo ya está confirmada por Plinio el Viejo la existencia en ella de tres morfotipos de caballos. Uno en el sur, el Ibérico, y dos más al norte a los que Plinio llama fieldón al uno y asturcón al otro que se diferencian según él, por el tamaño, mayor del primero y menor del segundo. Su distribución geográfica está suficientemente delimitada por corresponder casi exactamente con la de los pueblos que los trajeron y aquí los criaron.

El Ibérico, según Schulten, fue introducido por el sur en la Península Ibérica por las gentes de un pueblo que desde tiempos muy remotos pobló el norte de Africa que se llamaban así mismos Schilab o Tamazigt (más tarde, en la edad antigua, fueron llamados

por los griegos y romanos númidas y ya en la Edad Media los árabes los llamaron bereberes). Estas gentes comenzaron a pasar a la Península hacia el siglo XIII a.C., se extendieron por el sur y levante y recibieron la denominación de Iberos.

El caballo Ibérico, que fue descrito unánimemente por los clásicos como un caballo de cuerpo regular, bella cabeza y ancas feas, era un caballo eumétrico, de tipo mongólico, de perfil convexo y grupa redondeada, con una morfología semejante a la del africano – berberisco; fue el caballo de los íberos mercenarios de los cartagineses a los que Aníbal llama frenati y con el que los romanos produjeron sus famosas mulas.

El caballo Ibérico fue seleccionado y mejorado por los árabes españoles del Califato que obtuvieron así el caballo del Al-Andalus o andalusí. El que en los reinos cristianos de la reconquista según Fernández de Andrada se conoció despectivamente como moruno, morucho o morisco.

Ramón de Ahumada y Centurión dice que " este pueblo guerrero para el que la afición y cuidado por sus caballos es un precepto de religión , miró con el más vivo interés la cría caballar y la raza caballar y la raza creada por el saber y perseverancia de los árabes bajo el delicioso cielo andaluz adquirió pronto las cualidades que distinguían a los ágiles y enérgicos caballos del Al-Andalus".

El fieldón (al que también se ha llamado celdón, caldón, thieldon, thielco y thieldo) fue introducido en la Península Ibérica por un pueblo indoeuropeo al que se ha llamado protocelta, originario de las estepas eurasiáticas, donde por el año 1700 a.c. se iniciaron diversas oleadas migratorias, una de las cuales a través de Rumanía, Hungría , norte de Italia y sur de Francia llega a la Península hacia el siglo XI o XII a.c. y se extiende por las extensas zonas centro-peninsulares o mesetas celtibéricas, por lo que al caballo que traen consigo se le ha llamado también "antiguo caballo de las mesetas españolas".

El fieldón era un caballo eumétrico, de unas siete cuartas de alzada, de tipo tarpánico, con una cabeza grande de perfil recto, cuello corto y recto, pecho estrecho, grupa tendiendo a la horizontalidad, cascos mayores que los del Ibérico, que con frecuencia se presentaba calzado y cordón corrido empleándose tanto para el arrastre de los carros como para carga o silla.

Una de las características más llamativas de este caballo era practicar el paso portante, al igual que en el caballo asirio (ambos tenían el mismo origen, el caballo ario).

El paso portante era una variedad de la andadura o ambladura al que Risueño en su "Diccionario de Veterinaria" llama andadura imperfecta y Dechambre en su "Zootecnia" denomina ambladura quebrada.

El fieldón fue el caballo de los celtíberos y a este respecto Caro Baroja en su "España Primitiva y Romana" dice que "el orgullo de los celtíberos era su caballería" y se sabe que, a partir de las reformas de Mario en el año 104 a.c. las alas hispánicas de caballería auxiliar de las legiones romanas estuvieron engrosadas por gentes de la Celtiberia con sus caballos fieldones, pues los romanos no eran nada aficionados al caballo. Como dice Columela, los animales de más valor para los romanos eran los bueyes Italos.

Por otro lado, los romanos, para los largos viajes, siempre prefirieron el mulo, de aquí que fueran los que introdujeron en Hispania la cría de mulos. Así durante la época romana había en ella dos zonas de cría de équidos que se podrían considerar delimitadas por una línea imaginaria desde Lleida al cabo San Vicente, al sudeste de la cual se criaban mulos con las yeguas ibéricas y al Noroeste el caballo fieldón de los celtíberos. Los caballos fieldones de los celtíberos fueron muy apreciados para las carreras de carros en el Circo de Roma donde, según Silio Itálico, uno de los premios más cotizados consistió en un tronco de caballos celtibéricos.

Los visigodos, que suplantaron a los romanos, continuaron con esta cría de équidos de la que San Isidoro en sus "Etimologías" dice que era " grande y de valor".

Los árabes, como hemos visto, seleccionaron y mejoraron el caballo ibérico y obtuvieron el caballo del Al-Andalus o andalusí en el sur de la Península a partir de aquél.

Pero la Reconquista empezó pronto tras la invasión árabe de la Península. Los reyes cristianos, al alcanzar la Meseta, se vieron obligados a procurarse caballos con los que hacer frente a las aceifas musulmanas, ya que en la Edad Media las guerras se hacían a caballo y las batallas las ganaba la caballería. A tal fin crearon una yeguada en Valdeburón, cerca de los Picos de Europa, donde se criaban según Casas muy buenos caballos thielcos o thieldos (fieldones), los que dieron lugar a la raza Castellano-Leonesa. Según Ramón de

Ahumada y Centurión "De las razas ecuestres Leonesa y Castellana se componía exclusivamente la numerosa y terrible caballería de Alfonso VI, el conquistador de Toledo". Ambas razas eran la misma pues ambas tuvieron origen en la yeguada de Valdeburón, pero tras la unificación definitiva de ambos reinos con Fernando III se conocerán por raza castellana.

El Caballo castellano-leonés se caracterizaba por no ser muy grande pues no solía rebasar las 7 cuartas de alzada; su cabeza era grande, recta y descarnada: su cuello corto, recto y delgado; su cruz alta; dorso semirrecto; regulares anchuras y aplomos; articulaciones enjutas y pelo basto. Era de conjunto poco armonioso, y como descendiente del fieldón practicaba el paso portante, sirviendo tanto para silla como para carga o incluso el arrastre de pequeños vehículos.

Con esta raza de caballos, los cristianos harán toda la Reconquista de la Península. A este respecto Ramón de Ahumada y Centurión dice que "las sangrientas y repetidas batallas que tuvieron lugar en aquellos tiempos en que se peleaba con armaduras y arneses de hierro y en los que por consiguiente el caballo sufría la fatigas de la guerra cargado con trece o catorce arrobas de peso, prueban más que cuanto pudiera decirse, la abundancia y la bondad de los caballos de Castilla y León en la Edad Media.

En la Península Ibérica, durante la Edad Media, se produce el enfrentamiento de dos religiones, dos culturas, dos tácticas guerreras, dos caballerías y dos caballos. La táctica guerrera de los cristianos se basaba en tratar de arrollar al enemigo mediante el choque frontal, tras la carga de una formación en bloque de caballeros cubiertos de armaduras, montando a la brida sobre unos caballos muy fuertes cubiertos a su vez de bardas y embrazando el lanzón de armas. Mientras que los musulmanes trataban de evitar en lo posible el choque frontal intentando rodear al enemigo para con nubes de flechas agotarlo y acabarlo con la lanza jineta y el alfanje, por lo que, o debido a lo cual, montaban unos caballos (andalusís) mucho más ligeros, sin bardas ni armaduras.

En algunas pinturas de aquellas épocas pueden apreciarse estas diferencias. Así en un miniatura de la "Cantigas" de Alfonso X el Sabio, en la Biblioteca del Monasterio del Escorial, puede observarse como los guerreros del ejército cristiano, en ella representados montan a la brida (estribos largor, piernas rectas muy apoyadas en los estribos) van totalmente cubiertos de armaduras y montan caballos poderoso, asimismo totalmente bardados; mientras que los moros montan a la jineta (estribos cortos, piernas anguladas y silla y frenos más livianos) los cuales aparecen más finos y ligeros. Diferencias que caracterizan una caballería pesada propia para el ataque y choque frontal de los primeros, que requería unos caballos de gran fuerza y resistencia, como el Castellano-Leones, mientras que la de los moros representa una caballería ligera de caballos andalusí.

Estando las cosas así, Alfonso VIII en la batalla de las Navas de Tolosa abre el paso de Despeñaperros hacia el valle del Guadalquivir. Por él penetrará Fernando III con sus tropas y tras 28 años de guerra conquista todo el Al-andalus menos el reino de Granada. Tan larga campaña deja exhausta a Castilla en hombres y caballos, por lo que Alfonso X el Sabio, su hijo, se dedica a reparar las consecuencias de esta guerra y apoya decididamente a los mudéjares andaluces dando lugar a lo que se llamó en nuevo mudejarismo y para los castellanos crea el Honrado Concejo de la Mesta, con el cual los ganaderos castellanos podían entrar a pastar sus rebaños en los territorios andaluces de reciente conquista. Pero los mudéjares andaluces se sublevan ayudados por los reyes de Granada y Murcia. Una vez dominada esta grave sublevación se endurecen las condiciones a que están sometidos los mudéjares, una de las cuales consistía en que no podían poseer caballos que les permitieran levantarse en armas, por lo que los mudéjares andaluces se ven obligados a cruzar sus yeguas con los caballos sementales castellanos que con los rebaños de la Mesta llegan a sus localidades y así poder continuar criando potras para poder producir mulas mientras que los potros son vendidos a Portugal.

El cruce de las yeguas andalusís con el caballo castellano daba unos productos de los que Lafont-Pauloti dice que "parecían haber sido creados por la naturaleza para el modelo de la fuerza reunida con la agilidad". Pero los caballeros castellanos de aquellos tiempos despreciaron a estos caballos llamándolos caballos jinetes, a los que Alfonso XI incluso llega a prohibir formar parte de sus huestes y de las cabalgadas a tierras de moros. Más tarde se comenzarán a llamar andaluces.

Pero el caballo andaluz no fue tomado en consideración por los castellanos hasta la batalla de Aljubarrota. Arrieta llega a escribir que "en historia alguna que yo haya leído hallo que antes del rey D. Juan I se haya hecho mención de caballos andaluces. Así hasta la guerra con Portugal (1380) en la que se dio la de Aljubarota no hay noticia de caballos andaluces".

Lo cierto es que, a partir de esta batalla, Juan I prohibe la venta de caballos a Portugal. Juan II ordena que todos los ganados hasta doce leguas de La Raya (frontera) debían estar registrados para evitar el contrabando de ellos y Enrique IV para impulsar la cría de caballos andaluces prohibe que, desde el Tajo hacia el sur, se puedan criar mulos, pues su caballería formada en su mayor parte por la de hombres de armas de caballos castellanos, ya contaba con el apoyo de otra a la que se llamaba de caballos ligeros por estar formada por caballos andaluces.

Los Reyes Católicos, sus sucesores, crean el ejército regular y organizan su caballería, constituida todavía por los hombres de armas con caballos castellanos y la denominación de caballos ligeros por sus caballos andaluces. Según Peñalosa, el primer Protoalbéitar de Castilla, en sus libro " Excelencias de España", los reinos que integraban ésta bajo los Reyes Católicos contribuyeron con 79.000 caballos a la guerra de Granada de los que la mitad ya eran andaluces y la otra mitad castellanos.

Todavía así continuaba constituida la caballería al principio del reinado del emperador Carlos V, pero en 1.521 apareció el mosquete, arma de fuego que a trescientos pasos podía con su proyectil perforar las armaduras de los hombres de armas, lo que hizo que éstos con sus caballos castellanos fueran desapareciendo del ejército imperial continental. El caballo castellano se reservó en este tiempo para las tropas que se enviaban a la conquista de América.

Con Felipe II en América ya se producían los suficientes caballos para las tropas coloniales, pues su ganadería era ya muy boyante, por lo que la mayor parte de las yeguas castellanas se dedicaban a la producción mulatera. Según Alonso Herrera en el reinado de este monarca ya había en España más de un millón de mulas.

Asimismo durante el reinado de estos primeros Austrias el caballo andaluz llegó a ser el rey o modelo de caballo de guerra del que Ramón de Ahumada y Centurión dice que "a esta bella raza, que brilló en todo su esplendor en tiempo del señor Rey Don Felipe II, debe España la nombradía de sus caballos en la edad moderna. El caballo andaluz ha ennoblecido las yeguadas de Europa y las naciones codiciaban este hermoso animal, como el tipo mejorado. Caballo el más estimado por su inteligencia, su firmeza, su energía y su flexibilidad y caballo en fin del que decía el duque de Newcastle que es el más hermoso, el más propósito de todos para ser retratado de un curioso pincel o para que lo monte un soberano, cuando en su gloria y majestad se presenta a su pueblo".

Al final de la Edad Moderna la raza castellana de caballos, como consecuencia de las medidas tomadas por Felipe V para favorecer la cría de caballos andaluces (entre las que incluso se llegó a ordenar que la tercera parte de las yeguas castellanas que se dedicaban a la cría de mulas fueran obligatoriamente cubiertas por un caballo andaluz), fue muy cruzada con caballos de esta raza, a cuyos descendientes se les daba el nombre de caballos del país, subraza que fue muy bastardeada durante el siglo XIX por una gran variedad de razas de caballos extranjeros que se importaron especialmente en tiempos de Isabel II, con lo que la raza castellana llegó a extinguirse. No obstante, según Aparicio, todavía en 1.947 se podía evidenciar alguna individualidad con características de esta raza entre los équidos de los rebaños de ganado lanar de los sorianos transhumantes que en su afán por la transhumancia hacia Aragón, Badajoz o Córdoba transportaban sus portátiles hatos en animales residuales de la raza castellana, cuello corto y provisto de abundante crinera, dorso abreviado, grupa con tendencia hacia la rectitud y extremidades bien aplomadas con cernejas evidentes.

En los siglos XV y XVI la cría del caballo castellano todavía era importante en ambas Castillas, Galicia, Navarra y Aragón. De la estadística recogida con Peñalosa se deduce que del total de caballos que se producían en España a finales del siglo XV el 50 % por lo menos eran castellanos, de los que la mitad de ellos aproximadamente procedían de las yeguas hateras que acompañaban a los rebaños de la Mesta a los que, como hemos visto, se llamaba mesteños. Todavía en 1525 el Emperador Carlos I, tratando de proteger la cría de caballos por ganaderos de la Mesta ordenaba que " se guardasen los privilegios de los

hermanos de la Mesta y que los alcaldes de saca no les hicieran agravio sobre el registro de caballos, yeguas y crías". Estos mesteños se enviaban en gran parte a la conquista de América; cosa lógica si se tienen en cuenta los precios que por entonces se pagaban por los caballos andaluces y la dureza de las condiciones en que se hacían los viajes y las campañas que se libraban en las indias, en las que todavía se empleaban los caballos bardados. Del Río Moreno dice que en las Indias" el caballo entraba en combate cubiertos sus costados, grupa y pecho con unos gruesos escarpines de algodón que servían para detener las flechas, piedras y otras armas. Del mismo modo también fue empleado el cuero, más abundante y barato en las Antillas para proporcionar protección".

Los primeros caballos que se enviaron a América fueron 20 lanzas y 5 (yeguas) dobladuras que se embarcaron en el segundo viaje de Colón por Real Cédula de los Reyes Católicos de mayo de 1.493, los cuales se sabe que no eran de casta Fina. Se tienen noticias también de que en el siglo XVI los caballos en las Indias no eran buenos, comparados con los andaluces sin embargo, puede decirse que a finales de ese siglo en todos los territorios colonizados por los españoles, se había iniciado la cría caballar, la que no dejó de crecer de forma extraordinaria durante el siglo siguiente, mejorándose con sementales de casta Fina.

Así pues, en aquellos tiempos casi todos los caballos que al principio de la conquista de América se enviaron desde España al Nuevo Mundo, eran mesteños o cruzados de mesteños de menor valor por entonces que los caballos de casta fina. La denominación de "mustang", que los americanos empleaban para sus caballos salvajes que a no dudarlo descienden de los que los españoles llevaron a América, es una corrupción de la palabra mesteño y buena parte de las actuales razas de caballos de América especialmente del sur, como el criollo argentino, derivan de estos mesteños.

Según Klein, Don Pedro de Mendoza, llamado de Asara, habiendo llegado a Argentina con una flota, fundó la ciudad de Buenos Aires en el año 1535. Su población disminuyo poco después por que sus habitantes se dirigieron a Paraguay, pero de forma tan precipitada que no pudieron llevar consigo a todas las yeguas y se vieron obligados a abandonar algunas. Don Juan de Garay volvió a fundar Buenos Aires en 21 de agosto de 1580 con sesenta habitantes de Paraguay que descubrieron un considerable número de caballos salvajes nacidos de aquellas yeguas. Estos caballos eran de tamaño corriente, muy fuertes, por lo general de capa castaña, con cabezas grandes, así como fuertes miembros, a los que llamaron mustangos.

Este sería, pues, el origen de los numerosos caballos salvajes que antiguamente había en América del Sur y del Norte: todavía en 1.832 los indios comanches y los semínolas con sus caballos descendientes de aquellos que los españoles había llevado al Nuevo Continente hicieron frente a las unidades de caballería en América del Norte.